PARA REAVIVAR LA LITURGIA EUCARÍSTICA

**Miguel Picado G., Pbro.**

No sé de ningún estudio que lo demuestre, pero vale como intuición: los reclamos y forcejeos del arzobispo Marcel Lefebvre, que terminaron en cisma y a quien Dios perdone, entrabaron la reforma litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II. La dejaron en pañales, como niño recién nacido. La insistencia del arzobispo cismático en la misa de Pío V y el uso del latín, desviaron la atención de lo esencial: conseguir una liturgia cuyos gestos rituales sean capaces de ser comprendidos y vividos por el Pueblo de Dios. No se trata de caer en racionalismos que atenten contra el misterio propio de los sacramentos, sino de potenciar al máximo su simbolismo.

Supongo que ante las arremetidas de Lefebvre las autoridades de la Curia Romana pasaron a la defensiva y decidieron no permitir más innovaciones, para evitar riesgos.

Como resultado, tenemos una liturgia eucarística insatisfactoria en términos generales y una reforma a medio camino. Es cierto que hubo dos grandes novedades: quien preside da la cara a la asamblea y la utilización de la lengua del pueblo, pero poco más. Es cierto también que dichos cambios se complementaron con nuevos y buenos cantos, aptos para que la asamblea se una como un solo coro, pero la creatividad se secó. Algunos cantos son verdaderos “éxitos”, y hoy día se siguen utilizando.

**Demasiada culpabilización**

Hagamos un rápido análisis de la actual liturgia eucarística. Luego del saludo, el presbítero invita a reconocer los pecados. Una de las fórmulas autorizadas para ello es: “Antes de celebrar estos sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados” y sigue el “Yo pecador”. De varios laicos he escuchado su malestar con esa oración, por considerarla en exceso culpabilizadora. Invito a enumerar las veces que en una eucaristía se menciona la palabra “pecado”. Es sorprendente. Ahí se marca el contenido de la celebración, su línea directriz.

La eucaristía, como todo acto litúrgico es una fiesta, pero nadie se reúne en una fiesta para comenzar recordando lo feo y malo que hemos hecho. Eso mata la alegría del encuentro. El pedir a Dios perdón por nuestras falencias, omisiones y culpas, bien podría dejarse para otro momento de la celebración, por ejemplo, después de la homilía. Así, la necesaria petición no sería tan cajonera y el predicador podría abrir dimensiones de la pecaminosidad casi siempre ignoradas, por ejemplo el pecado social, ligándola con la esperanza, es decir, con la palabra evangélica.

Otra posibilidad: que después del saludo del ministro ordenado, éste invite a recordar los beneficios y gracias que hemos recibido de Dios la semana recién concluida y, en ese contexto, solicitar Su perdón. Muchos fieles quieren sentirse perdonados como preparación a la eucaristía, un sentimiento que, me parece, se satisface de puede satisfacer de manera menos abrupta, en un ambiente gozoso.

**Hacia un credo dinámico**

El rezo del Credo niceno-constantinopolitano ofrece la dificultad de que pocos fieles lo saben de memoria. Otra dificultad de mucha mayor envergadura se origina en que “segmenta” la acción del Dios Uno y Trino al atribuirle al Padre la creación, al Hijo la redención; al Espíritu Santo apenas se le menciona. Desde luego conviene recitar ese credo por razones de continuidad histórica y de comunión con las Iglesias que lo aceptan, pero quizás sería mejor reservarlo para ocasiones solemnes. Para las misas dominicales, se puede preferir una adaptación de la profesión de fe que se recita en el bautismo. Tiene la ventaja de establecer un diálogo entre el presbítero y la asamblea. Podría también ser más emotiva y de contenido personal, orientado a la práctica. Sugiero componer uno o varios credos con frases al estilo de:

– ¿Creemos que Dios Padre ama con ternura a todos sus hijos e hijas?

–Sí, creemos.

–Por consiguiente, ¿estamos dispuestos a tratarnos como hermanos, sin discriminaciones ni indiferencia?

–Sí, nos comprometemos.

– ¿Creemos que Dios Padre nos dio lo mejor que tiene que es su propio Hijo, el cual tomó cuerpo humano en el seno de María la Virgen?

– Sí, creemos.

– ¿Nos comprometemos entonces a respetar los cuerpos de todas las personas?

–Sí, nos comprometemos.

Los misterios de la fe siempre se pueden relacionar con la vida cotidiana y los problemas sociales.

**¿Para qué oraciones que casi nadie entiende?**

Tema aparte son las oraciones “Colecta”, “Sobre los dones” y “Después de la Comunión”. La mayoría de los participantes no las puede entender, pues engarzan frases que forman un párrafo extenso; tal vez sean una traducción del latín. En la actualidad, la gente no habla ni escribe con párrafos extensos. Unos ejemplos tomados al azar:

*“Desciende tu anhelada misericordia, Señor, sobre quienes te invocan y concédeles con generosidad divina la gracia de saber lo que deben pedir para obtener lo que imploran”.*

*“Dios todopoderoso, te pedimos humildemente que, cuando más se acerca el día de la fiesta que nos trae la salvación, con tanto mayor fervor nos preparemos para celebrar debidamente el misterio pascual”.*

Quien tenga algo de experiencia dando formación a personas que leen poco o nada, aunque sepan leer, sabe que no pueden entender tan enrevesadas oraciones. El mismo contenido se puede decir con frases sencillas, capaces de recoger y expresar los sentimientos.

**Menos lecturas y mejor coordinadas**

Por un motivo u otro, nuestra magna celebración viene haciéndose incomprensible para muchas personas. Eso es grave. Quienes asisten a las eucaristías por lo general tienen poca o ninguna formación bíblica. Tres lecturas dominicales son excesivas. Las del Antiguo Testamento casi siempre son difíciles. Hay textos que requieren, para entenderlos, conocimientos de historia del Israel bíblico y de su evolución religiosa. Asimismo, hay textos difíciles del Nuevo Testamento. Lo mejor sería omitir –para las celebraciones- los textos complicados. El sentido pedagógico indica que dos lecturas son suficientes. El fiel promedio carece de capacidad para seguir y conectar tres lecturas, el credo, las oraciones, etc. Le ofrecemos algo muy letrado, intelectual, poco emotivo. La primera lectura debe reforzar, adelantar y explicar la del evangelio. Ese complemento casi siempre ya lo ofrece el salmo responsorial.

**Recuperar la fracción del pan**

Yo pido que alguien experto en historia de la liturgia me diga cómo y por qué cayeron en desuso las siguientes importantes expresiones del Nuevo Testamento: “la fracción del pan” y “la cena del Señor”. Se cambiaron por eucaristía y misa. Eucaristía, palabra sonora, se significa “acción de gracias”. Se origina en las palabras del Señor al instituir el Sacramento: “tomó pan y dio gracias”. Pero una cosa es decir eucaristía y otra decir misa. Esta última conlleva algo de despectivo, de aburrido, de obligación de asistir bajo pena de pecado mortal. Sin embargo, a lo largo de los siglos ha prevalecido la palabra misa. Una palabra sin base bíblica y de origen incierto. Quizás se derive del momento final, cuando el presidente de la asamblea despedía a la gente. Al caer en desuso la expresión “la fracción del pan”, la más usada en el NT, se vació al rito fundador de la Iglesia de su contenido social. Es que partir el pan consagrado conlleva el mandato implícito de compartir “el pan nuestro de cada día”, el pan de la educación, etc.

Para los creyentes católicos y de otras iglesias, cada eucaristía actualiza el misterio pascual: la muerte y resurrección del Señor Jesús. El gesto culminante se da cuando el presbítero pronuncia las palabras de consagración y parte el pan consagrado. En la institución de la eucaristía, el Señor realiza un gesto compuesto de varias acciones: toma el pan, da gracias, lo parte, pronuncia las palabras con las que relaciona ese pan con su cuerpo, lo da a los discípulos. Por último, ordena que ese conjunto ritual se repita en memoria suya. Ese conjunto de acciones debe mantenerse en la celebración lo más unidos posible. No por casualidad en los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, y también Pablo en la primera carta a los corintios, Jesús pronuncia sus palabras al mismo tiempo que fracciona y reparte el pan. En el rito católico actual las palabras consagratorias y la fracción del pan aparecen demasiado distantes y lo segundo pasa desapercibido. Así, el conjunto ritual pierde capacidad expresiva.

Una forma de recobrar la originalidad y fuerza del gesto sacramental puede ser que el presbítero consagre un pan grande y delgado, preparado para ser partido, como el que usa el Movimiento Neocatecumenal, y que lo divida en dos al mismo tiempo que pronuncia las palabras de la consagración, de tal modo que los miembros de la asamblea lo escuchen y lo vean. De ese modo podrán sentir y entender con más intensidad la sublime entrega de Cristo en la cena pascual, anticipo de su cruz y resurrección.

Desde luego mis sugerencias son solo sugerencias. Si el arzobispo Lefebvre quebrantó la unidad de la Iglesia por aferrarse al pasado, no tiene ningún sentido romperla por la pretensión de adelantarse al futuro. Pero hay que comenzar a pensar en cambios profundos que, conservando lo esencial del sacramento, actualicen su significado.